

lord! Sois quien me ha dado este cargo. ¡Eximidme de él! Lo acepté sin comprender su alcance. Dejadme volver á la oscuridad en que me hallasteis, porque no es este mi puesto...

BURLEIGH.—¿Qué tenéis, señor? ¡Reponeos! ¿En dónde está la sentencia? La Reina os mandó llamar.

DAVISON.—Me ha dejado en la mayor cólera. ¡Oh! ¡Aconsejadme! ¡Ayudadme! ¡Sacadme de esta duda, de esta infernal angustia! Aquí está la sentencia... está firmada.

BURLEIGH. (Con viveza).—¿Lo está? ¡Oh! ¡Dádmela, dádmela!

DAVISON.—No me atrevo.

BURLEIGH.—¿Cómo?

DAVISON.—No me ha dicho con claridad su deseo.

BURLEIGH.—¿No con claridad? Pero la ha firmado. ¡Dádmela!

DAVISON.—¿He de cumplirla... ó no?... ¡Dios mío! ¿Sé yo acaso lo que he de hacer?

BURLEIGH. (Instándole vivamente).—Al instante, al momento habéis de ejecutarla. ¡Dádmela! ¡Sois hombre perdido, si lo dilatáis!

DAVISON.—¡Soy hombre perdido, si me apresuro!

BURLEIGH.—Sois un loco; sois un insensato. ¡Dádmela!

(Arrebátale la orden, y vase con ella.)

DAVISON. (Corriendo detrás de él).—¿Qué hacéis? Quedaos aquí. ¡Me precipitáis en mi ruina!

ACTO V.

El mismo aposento que en el acto primero.

ESCENA PRIMERA.

ANA KENNEDY, vestida de rigoroso duelo, con los ojos llorosos y presa del más acerbo, aunque callado dolor, está ocupada en sellar papeles y cartas. Con frecuencia la interrumpen los sollozos en su ocupación, y se pone á orar. PAULET y DRURY, vestidos también de negro, entran; síguenlos muchos criados, que traen vasos de oro y plata, espejos, cuadros, y otros objetos de valor, llenando con ellos el fondo del teatro. PAULET entrega á la nodriza una cajita de joyas con un papel, diciéndole, por señas, que es la lista de los objetos recibidos por él. A la vista de estas riquezas, se renueva el dolor de ANA; queda sumida en la aflicción más profunda, mientras los demás se retiran. MELVIL entra.

ANA. (Gritando al verte).—¡Melvil! ¿Sois vos? ¿Os veo de nuevo?

MELVIL.—Sí, fiel Ana, nos vemos otra vez.

ANA.—Tras larga, muy larga y penosa separación.

MELVIL.—Y en momentos bien tristes y dolorosos...

ANA.—¡Dios mío! Venís...

MELVIL.—A despedirme, por última vez, á despedirme, para siempre, de mi Reina.

ANA.—Ahora, al fin, ahora, el día de su muerte, se le permite la tan solicitada visita de los suyos... ¡Oh, querido caballero! no os pregunto cuál ha sido vuestra vida, ni me propongo contaros los sufrimientos que hemos experimentado desde que os separaron de nosotras. ¡Ay de mí! Pronto llegará ocasión de hacerlo. ¡Oh, Melvil, Melvil! ¿Habíamos de vivir, para ver este día?

MELVIL.—No nos enternezcamos mutuamente. Yo lloraré, mientras exista; jamás animará mi rostro una sonrisa ni dejaré jamás estas negras vestiduras. Siempre lloraré pero hoy he de mostrar firmeza... Prometedme también conteneros... Y cuando todos los demás se abandonen sin consuelo á la desesperación, nosotros la precederemos, con noble y varonil continente, y la serviremos de apoyo en el camino.

ANA.—¡Melvil! Os equivocáis, si creéis que la Reina necesita de nuestro auxilio para encaminarse con entereza al suplicio. Ella misma nos dará ejemplo de digna firmeza. Nada temáis. María Estuardo morirá como Reina y como heroína.

MELVIL.—¿Mostró serenidad al anunciarle la muerte? Dicen que estaba desprevenida.

ANA.—No es cierto. Otros temores acongojaban á mi señora. No temblaba María por la muerte, sino por su libertador... Nos habian prometido salvarnos. Mortimer nos dijo que esta misma noche nos pondría en libertad; y, entre el miedo y la esperanza, llena de dudas sobre si confiaría su honor y su real persona á ese joven atrevido, aguardaba la Reina el día... Entonces se promovió gran tumulto en el castillo, y nos asustó el golpe repetido de muchos martillazos. Creíamos oír á nuestros libertadores; la esperanza nos sonreía, y el amor involuntario

é irresistible de la vida se hacía sentir en nosotras... Abrese la puerta... Sir Paulet entra, y nos anuncia... que... ¡los carpinteros levantaban el cadalso á nuestros pies! (Vuélvese, dominada por el dolor.)

MELVIL.—¡Justo Dios! ¡Oh! Decidme, ¿cómo soportó María esta mudanza horrible?

ANA. (Después de una pausa y de reponerse algo.)—No se renuncia á la vida paso á paso. De una vez, repentinamente, en un momento, ha de pasarse de lo temporal á lo eterno, y, en ese instante, Dios concedió el don á mi Señora de rechazar con energía todo lo terreno, y lanzarse con fe vivísima hacia el cielo. Ningún signo de pálido temor, ni una palabra suplicante ha deshonrado á mi Reina... Sólo cuando después supo la vergonzosa traición de lord Leicester, y la deplorable muerte del digno joven, que se había sacrificado por ella, así como el profundo dolor del anciano caballero, al considerar que, por su causa, había de renunciar á su última esperanza; sólo entonces corrieron sus lágrimas. No deploraba su propia desventura, sino la ajena.

MELVIL.—¿En dónde está? ¿Podéis presentarme á ella?

ANA.—Pasó orando el resto de la noche; se despidió por cartas de sus amigos más queridos, y escribió su testamento por sí misma. Descansa hace poco, y duerme su último sueño.

MELVIL.—¿Quién está en su compañía?

ANA.— Su médico Burgoyne y sus damas.

ESCENA II.

Los mismos, y MARGARITA KURL.

ANA.—¿Qué se os ofrece, mistress? ¿Ha despertado la señora?

MARGARITA. (Enjugándose las lágrimas.)—Está ya vestida... Os llama.

ANA.—¡Voy allá! (A Melvil, que quiere acompañarla.) No me sigáis, hasta que la prepare para recibirnos. (Vase.)

MARGARITA.—¡Melvil! ¡El antiguo mayordomo de su casa!

MELVIL.—El mismo soy.

MARGARITA.—Ya hoy no lo necesita... ¡Melvil! ¿Venís de Londres? ¿Podéis darme noticias de mi esposo?

MELVIL.—Dicen que se le pondrá en libertad, en cuanto...

MARGARITA.—¿La Reina no exista? ¡Indigno y bajo traidor! Es el asesino de esta querida señora. Por su testimonio, según se asegura, la han condenado.

MELVIL.—¡Así es!

MARGARITA.—¡Que su alma sea maldita, hasta en los infiernos! Su testimonio es falso...

MELVIL.—¡Reflexionad en lo que decís, milady Kurl!

MARGARITA.—Lo juraré en los estrados del tribunal; quiero repetirlo en su presencia, y que el L. ando entero lo sepa. ¡Ella muere inocente!

MELVIL.—¡Oh! ¡Permitalo así Dios!

ESCENA III.

Los mismos, y BURGOYN, y después ANA.

BURGOYN. (Al ver á Melvil.)—¡Oh, Melvil!

MELVIL. (Abrazándolo.)—¡Burgoyn!

BURGOYN. (A Margarita.)—¡Preparad una copa de vino para nuestra Señora! ¡Apresuraos! (Vase Margarita.)

MELVIL.—¿Cómo? ¿No se siente buena la Reina?

BURGOYN.—Está animosa; su heroico valor la engaña, y cree que no necesita de ningún alimento; pero le aguarda todavía una lucha terrible, y sus enemigos no han de vanagloriarse de que el miedo á la muerte haga palidecer sus mejillas, si la naturaleza cede á la debilidad.

MELVIL. (A la nodriza, que entra.)—¿Quiere verme?

ANA.—Estará aquí en seguida... Parece que os admiráis, y me preguntáis con los ojos ¿qué significa esta ostentación en la morada de la muerte?... ¡Oh, señor! Sufrimos miserias en vida, y ahora, con la muerte, viene la abundancia.

ESCENA IV.

Los mismos.—Otras dos camaristas de MARÍA, vestidas también de negro, que prorrumpen en sollozos, al ver á MELVIL.

MELVIL.—¡Qué aspecto! ¡Qué horribles preparativos! ¡Gertrudis, Rosamunda!

LA SEGUNDA CAMARISTA.—¡Nos ha dejado! ¡Quiere por últi-

ma vez hablar á Dios! (Vienen otras dos mujeres, vestidas de negro como las precedentes, que expresan su pena con gestos mudos.)

ESCENA V.

LOS MISMOS, y MARGARITA KURL.—Trae una copa dorada con vino, y la pone en la mesa, apoyándose en un sillón, pálida y temblorosa.

MELVIL.—¿Qué tenéis, mistress? ¿Qué os asusta así?

MARGARITA.—¡Oh Dios!

BURGOYN.—¿Qué tenéis?

MARGARITA.—¿Qué me han obligado á ver?

MELVIL.—¡Reanimaos! Decidnos, ¿qué es?

MARGARITA.—Cuando yo, con esta copa de vino, subía la escalera grande que lleva á la sala baja, se abrió la puerta... miré... y vi... ¡Oh Dios!

MELVIL.—¿Qué visteis? Cobrad ánimo.

MARGARITA.—Todas las murallas estaban cubiertas de negro, y un gran cadalso, con paños del mismo color, se levantaba desde la tierra: en medio se destacaba un tajo negro, un cojín, y, á su lado, un hacha afilada y brillante... La sala estaba llena de hombres, que se apretaban alrededor de estos instrumentos de muerte, y cuyos ojos, ávidos de sangre, esperaban el sacrificio.

LAS CAMARISTAS.—¡Oh Dios! ¡Apiadaos de nuestra señora!

MELVIL.—¡Disimulad, que viene!

ESCENA VI.

LOS MISMOS, y MARÍA, vestida de blanco y con lujo, trayendo al cuello un *Agnus Dei*, pendiente de una cadena, formada de bolas pequeñas; lleva á la cintura un rosario, un Crucifijo en la mano, una diadema en la frente y un gran velo negro echado hacia atrás. Al presentarse, todos los asistentes se forman á uno y otro lado, expresando el más acerbo dolor. Melvil, por un movimiento involuntario, se ha puesto de rodillas.

MARÍA. (Mirando con dignidad á su derredor.) — ¿Por qué os quejáis? ¿Por qué lloráis? Debierais alegraros conmigo, porque, al cabo, está próximo el término de mis sufrimientos; caen mis lazos, ábrese mi cárcel, y mi alma, satisfecha, volará en breve, perpetuamente libre. Cuando yo, bajo el poder de mi orgullosa enemiga, era el blanco de indignidades, impropias de una Reina libre y grande... entonces era ocasión de compadecerme... Bienhechora y salvadora, mi amiga de corazón, vive para mí la muerte. Sus negras alas cubren mi vergüenza... Ese supremo trance ennoblece y realza al mortal más abyecto. ¡Siento la corona en mi cabeza, y noble orgullo que llena mi alma! (Dando algunos pasos.) ¿Cómo? ¿Melvil aquí?... ¡No así, noble caballero! ¡Levantaos! Venís para ser testigo del triunfo, no del suplicio de vuestra Reina. Espérame una dicha que nunca aguardé, que mi reputación no queda en las manos de mi enemiga, que me resta un amigo de las mismas creencias... Decid, ilustre joven, ¿qué ha sido de vuestra vida en ese país enemigo é ingrato, desde que os arrancaron de mi lado? Al pensar en vuestra suerte, no leve inquietud ha afligido á mi corazón.

MELVIL.—Ninguna otra pena he sentido que la de vuestra desgracia, y mi impotencia en remediarla.

MARÍA.—¿Qué ha sido de Didier, mi viejo servidor? Acaso este súbdito leal duerme ha largo tiempo el sueño eterno, porque era hombre de muchos años.

MELVIL.—Dios no le ha concedido esa gracia. Vive para conocer la muerte de su joven Soberana.

MARÍA.—¡Ah! ¡Que no sea yo bastante afortunada para abrazar, antes de morir, á ninguno de los unidos á mí por los vínculos de la sangre! He de sucumbir entre extraños, y sólo veré correr vuestras lágrimas... Melvil, confío á vuestro fiel corazón mis últimos votos por los míos... Bendigo al Rey cristianísimo, mi suegro, y á toda la familia real de Francia... Bendigo á mi tío el Cardenal, y á Enrique de Guisa, mi noble primo. Bendigo también al Papa, Santo Vicario de Jesucristo, que á su vez me bendice, y al Rey Católico, que se ha ofrecido generosamente á ser mi libertador y vengador... Todos figuran en mi testamento y recibirán muestras de mi afecto, y no las despreciarán, teniendo presente mi pobreza. (Volviéndose hacia sus servidores.) Os recomiendo á mi real hermano de Francia, que cuidará de vosotros, y os dará una nueva patria. Y si mi último ruego tiene algún valor para vosotros, no os quedéis en Inglaterra, para que el orgulloso inglés no se regocije en vuestra desdicha, ni vea en el polvo á quien me ha servido. Prometedme, por esta imagen de Cristo, que, en cuanto yo muera, abandonaréis este país desventurado.

MELVIL. (Tocando el Crucifijo.)—Os lo juro en nombre de todos.

MARÍA.—Cuanto yo, pobre y desventurada, poseo, y de cuanto puedo disponer libremente, lo he distribuido entre vosotros, y espero que respetéis mi última voluntad. Vuestro es también cuanto lleve yo al suplicio... Permittedme, además, que, en mi camino hacia el cielo, me engalane con

los esplendores de la tierra. (A sus doncellas.) A tí, mi Alix, á Gertrudis y Rosamunda destino yo mis perlas y vestidos, porque sois jóvenes, y os agradan las joyas y los adornos. Tú, Margarita, tienes los más legítimos derechos á mi generosidad, porque, al dejarte, eres la más desdichada de todas. Mi testamento probará que no quiero vengarme en tí de la culpa de tu esposo... A tí, oh mi fiel Ana, no te seduce ni el valor del oro ni el lujo de las perlas, y mi memoria será tu alhaja más preciada. ¡Toma este pañuelo! Lo he bordado yo misma para tí, en mis horas de angustia, bañándolo mis lágrimas. Con él me vendarás los ojos, si es posible... quiero recibir de mi Ana este postrer servicio.

ANA.—¡Oh, Melvil! ¡No puedo sufrir esto!

MARÍA.—¡Venid todos! ¡Venid, y oid mi último adiós! (Preséntales su mano, y la besan uno tras otro, cayendo á sus pies y llorando amargamente.) ¡Adiós, Margarita!... ¡Alix, adiós!... gracias, Burgoyne, por vuestros fieles servicios... Tus labios abrazan. Gertrudis... Mucho me odian, pero mucho también me aman. Que un hombre generoso haga feliz á mi Gertrudis, porque su ardiente corazón se inclina al amor... ¡Berta! Tú has elegido la parte mejor, porque serás casta esposa del cielo. ¡Oh! ¡Apresúrate á pronunciar tus votos! Engañosos son los bienes de la tierra. ¡Aprende de tu Reina! ¡Nada más! ¡Adiós, adiós para siempre! (Vuélvese con rapidez y todos se alejan, menos Melvil.)

ESCENA VII.

MARÍA Y MELVIL.

MARÍA.—He arreglado todo lo mundano, y espero abandonar este mundo sin deber nada á los hombres... Sólo una cosa, Melvil, molesta á mi alma angustiada, antes de elevarse libre y contenta.

MELVIL.—¡Decíamela! Aliviad vuestro pecho, y confiad vuestras penas á vuestro fiel amigo.

MARÍA.—Estoy ya al borde de la eternidad. Pronto compareceré ante el Juez Supremo, y aun no me he reconciliado con lo más santo. Me han negado el auxilio de un sacerdote de mi religión. No quiero recibir de manos de un falso ministro el alimento sagrado del Santo Sacramento. Quiero morir fiel á mi creencia, porque es la única que da la bienaventuranza.

MELVIL.—¡Tranquilizaos! Valen en el cielo los deseos sinceros y piadosos tanto como su cumplimiento. El poder de los tiranos sólo alcanza al cuerpo, y el fervor del alma se eleva libre hasta Dios. La letra muere, y sólo vive la fe.

MARÍA.—¡Ay, Melvil! El corazón no se basta á sí mismo, y la fe necesita de alguna prenda terrestre, para apropiarse los favores del cielo. Por esto se hizo Dios hombre, y encerró en su envoltura corporal los misteriosos é invisibles dones del cielo... La santa, la sublime Iglesia nos ofrece la escala que lleva al trono de Dios. Llámase universal ó católica, porque la fe de todos confirma la de cada uno. Cuando miles de personas oran y adoran, su ardor es una llama, y el espíritu, desplegando sus alas, se levanta á las alturas

del Empíreo... ¡Ay de mí! Dichosos aquellos á quienes ha tocado en suerte orar juntos en el templo del Señor. El altar está adornado, arden los cirios, suena la campana, difúndese el incienso; el Obispo, revestido de su ropa sin tacha, toma el cáliz, lo bendice, proclama el santo misterio de la Transustanciación, y el pueblo creyente, que lo presencia, se prosterna ante el Dios vivo... ¡Ah! Yo sola me veo excluida de esa santa ceremonia, y la bendición divina no llega hasta mi cárcel.

MELVIL.—¡Penetra hasta vos! ¡Está cerca! Confíad en el Todopoderoso... La vara seca brota hojas en la mano del creyente. El que hizo saltar la fuente del peñasco puede preparar el altar en vuestra prisión, y mudar al punto para vos en celestial bebida el contenido terrestre de esta copa. (Toma la copa, que está sobre la mesa.)

MARÍA.—¿Os comprendo, Melvil? Sí; os comprendo. Aquí no hay sacerdote, ni iglesia, ni santo... Pero el Redentor dijo: «En donde dos personas se reúnan en mi nombre, yo estaré con ellas.» ¿Qué hace del sacerdote el ministro del Señor? Un corazón puro, una conducta irreprochable... Sois, por tanto, para mí, aunque no consagrado, un sacerdote, un ministro del Señor, que me trae la tranquilidad... Voy á hacer os mi última confesión, para que me absolváis.

MELVIL.—Ya que es tan ferviente vuestro deseo, sacerdot, oh Reina, que, por consolaros, puede hacer Dios un milagro. ¡Decís que no hay aquí sacerdote, ni iglesia, ni hostia?... Os engañáis. Hay aquí un sacerdote, y también el cuerpo de Dios. (Descúbrese la cabeza, al pronunciar estas palabras, y al mismo tiempo enseña una hostia en un vaso de oro.) Yo soy un sacerdote; para oír vuestra última confesión, para tranquilizar vuestro ánimo en el camino de la muerte, he recibido las sagradas órdenes, y traigo esta hostia consagrada, para vos, por nuestro Padre Santo.

MARÍA.—¡Oh! Entonces, en los mismos umbrales de la muerte, me aguarda goce celestial. Como en doradas nubes descende un inmortal; como un tiempo libró un ángel al apóstol de las cadenas de su calabozo, sin detenerle los cerrojos, ni la espada del carcelero, discurriendo libremente por las puertas cerradas, y apareciendo en la prisión, rodeado de aureola esplendorosa, así me sorprende ahora el enviado de Dios, cuando me abandonan los libertadores de la tierra... ¡Y vos, un día mi servidor, lo sois ahora del Altísimo, y también su santo ministro! Como vuestras rodillas se doblaban antes en nuestra presencia, así ahora las mías se prosternan ante vos. (Arrodillase.)

MELVIL. (Haciendo sobre ella la señal de la cruz.)—¡En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! Reina María, ¿has examinado tu corazón; juras y prometes confesar la verdad, ante el Dios de la verdad?

MARÍA.—Abierto está mi corazón ante Él y ante vos.

MELVIL.—Decid, ¿de qué pecados os acusa la conciencia desde la última vez que os reconciasteis con Dios?

MARÍA.—Llena estaba mi alma de odio envidioso, y en mi pecho bullían pensamientos de venganza. Yo, pecadora, esperaba que Dios me perdonase, y no podía perdonar á mi rival.

MELVIL.—¿Os arrepentís de vuestro pecado, y os halláis firmemente decidida á dejar absuelta este mundo?

MARÍA.—Tan verdad es, como espero que Dios me perdone.

MELVIL.—¿De qué otro pecado os acusáis?

MARÍA.—¡Ay de mí! No sólo por el odio, por el amor mundano he ofendido aún mas al Misericordioso. Mi vanidad se inclinaba al hombre que me ha vendido y engañado.

MELVIL.—¿Os arrepentís de vuestra falta, y, dejando ese loto terrestre, vuestra alma se ha dirigido sólo á Dios?

MARÍA.—He sostenido terrible lucha, pero el lazo terrestre ha quedado roto.

MELVIL.—¿Os acusa de algo más vuestra conciencia?

MARÍA.—¡Ay de mí! Un antiguo crimen, confesado há largo tiempo, acude á mi memoria con horrores siempre nuevos en mi última hora, y se revuelve sombrío ante mis ojos, en las mismas puertas de la gloria. Dejé matar al Rey, mi esposo, y di á su asesino mi mano y mi corazón. Lo he expiado rigurosamente, practicando las penitencias de la Iglesia, pero no se acalla el gusano roedor de mi remordimiento.

MELVIL.—¿No os acusáis de ningún otro pecado, no confesado, ni expiado?

MARÍA.—Ya sabéis cuanto abruma á mi conciencia.

MELVIL.—¿Pensad en el Dios Omnipotente, tan cerca de vos! ¿Pensad en el castigo, impuesto por la Santa Iglesia á los que hacen una confesión defectuosa! Es un pecado mortal, dirigido contra el Espíritu Santo.

MARÍA.—Así Dios me conceda su eterna gracia en mi último combate, como nada os he ocultado á sabiendas.

MELVIL.—¿Cómo? ¿Ocultáis á vuestro Dios el crimen que los hombres castigan en vos? ¿Nada me decís de vuestra participación sangrienta en el delito de alta traición de Babington y Parry? Por este hecho sufriréis la muerte terrible. ¿Queréis sufrir también la eterna?

MARÍA.—Estoy pronta á entrar en la vida perdurable. Aun antes que dé la vuelta el minuterero, estaré ante el trono de mi Juez. Os repito, por tanto, que mi confesión ha terminado.

MELVIL.—Pensadlo bien. A veces nos engañamos. Habéis, acaso, con astuta doblez, esquivado pronunciar la palabra que os haga culpable, aunque vuestra voluntad lo fuese. Pero tened entendido que la astucia nada puede contra la mirada de fuego que penetra en vuestro interior.

MARÍA.—He rogado á todos los Principes que desaten los lazos indignos que me sujetaban; pero ni con mi pensamiento, ni con mis obras, he atentado nunca contra la vida de mi enemiga.

MELVIL.—Así, ¿es falso el testimonio de vuestros secretarios?

MARÍA.—Es lo dicho. ¿Que Dios juzgue á esos testigos!

MELVIL.—¿Subís, pues, al cadalso, convencida de vuestra inocencia?

MARÍA.—Que Dios se digne, sufriendo yo esta muerte inmerecida, perdonarme mis faltas sangrientas anteriores.

MELVIL. (Bendiciéndola.)—¡Morid, y expiadlas! ¡Caed, víctima resignada, ante el altar! La sangre puede rescatar la sangre; habéis incurrido en fragilidades mujeriles, y á los espíritus bienaventurados, en la gloria, no acompañan las flaquezas de los mortales. Pero os anuncio, en virtud del poder que me ha sido concedido de atar y desatar, la remisión de todos vuestros pecados. ¿Que sea lo que habéis creído! (Preséntale la hostia.) Tomad el cuerpo del Señor, consagrado para vos. (Coge el cáliz, que está en la mesa, lo consagra en silencio, y se lo ofrece. Ella vacila en tomarlo, y lo rechaza con la mano.) ¡Tomad la sangre, que se ha derramado por vos; tomadla! El Papa os ha concedido este favor. En la muerte podéis disfrutar del privilegio más singular de los Reyes. (Ella toma el cáliz.) Y como vos ahora, en misterioso vínculo, estáis unida á Dios corporalmente, así también lo estaréis en la gloria, en donde no hay lágrimas ni pecados, y allí, ángel de esplendente belleza, os uniréis á la Divinidad para siempre. (Deja el cáliz. Oyése ruido, y él se cubre la cabeza, y se acerca á la puerta. María, absorta en su devoción, no se mueve.) Todavía (volviéndose) os queda por sostener tremenda lucha. ¿Os sentís con fuerzas suficientes, para sobreponeros á todo movimiento de cólera y de odio?

MARÍA.—No temo ninguna recaída. He sacrificado á Dios mi amor y mi odio.

MELVIL.—Preparaos ahora á recibir á los lores Leicester y Burleigh. ¡Aquí están ya!

ESCENA VIII.

LOS MISMOS. BURLEIGH, LEICESTER y PAULET. Leicester permanece en el fondo, sin atreverse á levantar los ojos. Burleigh, que lo nota, se interpone entre él y la Reina.

BURLEIGH.—Vengo, lady Estuardo, á recibir vuestras últimas órdenes.

MARÍA.—¡Gracias, milord!

BURLEIGH.—La Reina ha ordenado que no os rehusen ninguna petición justa.

MARÍA.—En mi testamento están consignados mis últimos deseos. Lo he puesto en poder de sir Paulet, y pido que se cumpla puntualmente.

PAULET.—¡Así se hará!

MARÍA.—Suplico que, sin molestarlos, se permita á mis servidores retirarse á Francia, ó á Escocia, á su elección.

BURLEIGH.—¡Se os complacerá en todo!

MARÍA.—Y puesto que mi cadáver no ha de descansar en tierra consagrada, que se consienta que este fiel servidor mío lleve mi corazón á mis deudos de Francia... ¡Ay de mí! Siempre estuvo allí.

BURLEIGH.—Descuidad. ¿Tenéis aún...?

MARÍA.—Llevad á la Reina de Inglaterra mi saludo fraternal... Decidla que la perdono mi muerte de todo corazón, y que me arrepiento de mi arrebato de ayer... Que Dios la conserve, y le conceda un reinado feliz.

BURLEIGH.—¡Hablad! ¿No tenéis ya mejores propósitos? ¿Rechazáis todavía la asistencia del Deán?

MARÍA.—Estoy reconciliada con mi Dios... ¡Sir Paulet! Mucho mal os he hecho sin querer, y os he privado del báculo de vuestra vejez. ¡Oh! Dejadme esperar que no os apondaréis de mí para maldecirme...

PAULET. (Dándole la mano.) — ¡Andad con Dios! ¡Id en paz!

ESCENA IX.

Los MISMOS. ANA y las demás mujeres de la REINA, entrando dando señales de horror; síguelas el Sherif con una vara blanca en la mano; detrás de él se ven, por las puertas, que quedan abiertas, hombres armados.

MARÍA.—¿Qué tienes, Ana?... ¡Sí; llegó el momento! Aquí viene el Sherif para llevarnos á la muerte. ¡Es preciso separarnos! ¡Adiós, adiós! (Sus mujeres la detienen, profundamente conmovidas; á Melvil.) Vos, amigo estimado y mi fiel Ana, me acompañaréis en mis últimos instantes. No me neguéis esta satisfacción, milord.

BURLEIGH.—No tengo facultades para eso.

MARÍA.—¿Cómo? ¿Me rehusaréis un favor tan insignificante? Tened consideración á mi sexo. ¿Quién podría prestarme este postrer servicio? Imposible que haya mandado mi hermana que en mí se vea ofendido mi sexo, tocándome las groseras manos de hombres.

BURLEIGH.—No es conveniente que mujer alguna suba con vos las gradas del cadalso... Sus gritos y gemidos...

MARÍA.—¡No gemirá! Respondo de la entereza de mi Ana. ¡Sed bondadoso, milord! No me separéis, al morir, de mi fiel nodriza, de la que siempre estuvo á mi lado. Trá-

jome á la vida en sus brazos, y justo es que me lleve con du zura á la muerte.

PAULET. (A Burleigh.) — ¡Concededlo!

BURLEIGH.—¡Sea así.

MARÍA.—Ahora nada es ya el mundo para mí... (Toma el crucifijo y lo besa.) ¡Salvador y Redentor mio! como abriste tus brazos en la cruz, ábrelos ahora para recibirme. (Vuélvese para irse, y sus ojos encuentran al Conde de Leicester, que, al hablar ella, la ha mirado involuntariamente... Al verlo, tiembla María, vacilan sus piernas, y está á punto de caer; el Conde la sostiene y la recibe en sus brazos. Ella lo contempla largo rato en silencio; él baja los ojos, y al fin dice ella): Cumplisteis vuestra palabra, Conde Leicester... Me prometisteis vuestro brazo para sacarme de esta cárcel, y ahora me lo dais. Él se queda anonadado; ella prosigue con durezza.) Sí, Leicester; y no sólo la libertad había yo de deberos. Debíais hacer más preciosa mi libertad; y, con vuestro amor, y además, con vuestro amor, habría regocijado mi nueva vida. Ahora, cuando estoy á punto de separarme del mundo, y de ser un espíritu bienaventurado, á quien ninguna inclinación mundanal debe seducir; ahora, Leicester, puedo confesáros sin debilidad ni rubor una flaqueza mía, ya vencida... Adiós; y, si os es posible, vivid feliz. Osasteis pretender la mano de dos Reinas; despreciasteis un corazón amante y tierno, y le hicisteis traición por ganar uno orgulloso. Arroddillaos á los pies de Isabel, y que vuestro premio no sea un castigo para vos. ¡Adiós! Ningún interés terrenal me llama ya. (Vase precedida del Cherif, con Melvil y la nodriza á su lado. Burleigh y Paulet la siguen, los demás la contemplan sollozando, hasta que desaparece, y después se alejan por otras puertas.)

ESCENA X.

LEICESTER, que se queda solo.

LEICESTER.—¿Y vivo? ¿Y consiento en vivir? ¿No me aplasta este techo bajo su peso? ¿No se abre ningún abismo, para tragarse al mortal más miserable? ¿Qué pérdida la mía! ¿Qué perla he rehusado! ¿De qué dicha celestial me ha privado mi falta!... ¡Desapareces, espíritu de luz y de belleza, y me dejas la desesperación del condenado!... ¿Qué ha sido de mi propósito, al venir aquí, de ahogar la voz de mi corazón? ¿De ver caer impasible su cabeza? ¿Despierta su aspecto mi vergüenza, que creía perdida? ¿Ha de enlazarme, al perecer, con los lazos del amor?... ¡Réprobo! Ya no te es licito abandonarte á tierna piedad mujeril. La dicha del amor huyó de tu camino. Que una coraza de hierro revista tu pecho. Que sea tu frente un peñasco. Si no quieres perder el precio de tu oprobio, has de sostenerlo y merecerlo con osadía. ¡Enmudece, compasión! Que sean mis ojos una piedra. La veré decapitar, asistiré á su suplicio. (Dirigese con aire resuelto á la puerta por donde María ha desaparecido, pero se detiene á la mitad del camino.) ¡En vano, en vano! Un horror infernal se apodera de mí. No; no puedo presenciar tan terrible espectáculo; no puedo verla morir... ¡Silencio! ¿Qué es esto? Están allá abajo... A mis pies se prepara la tremenda ejecución. Oigo voces... ¡Fuera, lejos, lejos! Lejos de esta mansión de muerte y de horrores. (Al querer huir por otra puerta, la encuentra cerrada, y retrocede.) ¿Cómo? ¿Me encadena á este suelo alguna divinidad? ¿He de oír lo que me asusta ver? La voz del deán... la exhorta... ella le interrumpe... ¡Escuchemost

ora en alta voz... con firme acento... Reina el silencio... silencio solemne... Sólo se percibe el sollozo y llanto de las mujeres... La descubren... ¡Silencio! Retiran su asiento... se arrodilla en un cojín... pone su cabeza... (Después de pronunciar las últimas palabras con creciente angustia, se para, y se le ve de repente, presa de emoción incontrastable, caer inmóvil: al mismo tiempo llega hasta él sordo murmullo de voces, que resuena largo rato.)

ESCENA XI.

El segundo aposento del acto cuarto.

ISABEL.

ISABEL. (Que sale por una puerta lateral, mostrando en su paso y en sus ademanes violenta inquietud.)—Nadie hay todavía aquí... Ninguna noticia... ¿Nunca llegará la noche? ¿Se ha parado el sol en su curso por el cielo? No puedo sufrir más estas torturas... ¿Se consumió ya la obra, ó no?... Ambas suposiciones me espantan, y no me atrevo á preguntarlo. Ni se presenta Leicester, ni Burleigh, á quienes nombré para la ejecución de la sentencia. Si se han ausentado de Londres... entonces ya se ha cumplido; la flecha ha partido; vuela, llega al blanco, hiere; y, aunque se trata de mi reino, no puede detenerla... ¿Quién está ahí?